pa, de horror á la inmundicia de la sensualidad. Ella es el pan de los escogidos y el vino que engendra vírgenes.[1] Ella, en fin, la fuerza única que puede poner justo límite á los deseos del corazón humano, y detener la furia indómita de las pasiones. Comprendámoslo así, cualesquiera que sean la edad y la condición en que nos hallemos.

Apartemos ya nuestros ojos del cuadro de degradación y de tristeza que nos presenta ese joven envilecido, que apetece el alimento de los cerdos, y las inmundas costumbres que le hacen semejante á ellos. ¿Escuchais un suspiro . . . ? Es el primer acento de disgusto que exhala el pródigo contemplando su situación. Alegrémonos, porque es un signo evidente de la misericordia del Señor, el disgusto y la repugnancia que nos inspira hacia el pecado; así como es signo espantoso de condenación, el endurecimiento del alma, que vive embriagada con el envenenado aroma del vicio. "¡Cuántos criados, decía, hay en la casa de mi padre, que tienen pan con abundancia, y yo perezco de hambre aquí."

¡Oh momento feliz, en que ya comienza á recordar la casa paterna, y á desear el pan que allí come el último de los criados! Ese pan es la Divina Eucaristía, cuya magnificencia y suavidad contemplaba en dulcísimo éxtasis el Profeta David, en el Salmo XXI: "los pobres comerán y quedarán saciados;"[2] sí, los que reducidos por la culpa á

1 Zacarías, IX, 17.
2 Vers. 27.

la miseria y á la pobreza de todos los bienes espirituales, se acuerdan de ese Pan vivo descendido del cielo,[1] que ha de venir á saciar el hambre que los devora.[2] Y cuando el corazón abatido por la inquietud, destrozado por el remordimiento, vacilante por el temor, oye que Jesús dice en la Eucaristía: "venid á Mí todos vosotros los que os hallais en medio de los trabajos y de las tribulaciones, que habeis ido á buscar lejos de Mí; vosotros los que estais oprimidos bajo el peso de vuestra iniquidad, venid, que yo os aliviaré, y os alimentaré,"[3] entonces comienza á experimentar esa necesidad de comer el Pan de vida,[4] que ha olvidado,[5] esa hambre, que no pueden satisfacer ya, ni los honores, ni los placeres, ni las riquezas de la tierra; esa hambre que no cesará sino cuando, acercándose á la Mesa en que está el consuelo y la paz,[6] se alimente con el trigo más puro que Dios ha preparado para sus hijos. *Cibavit eos ex adipe frumenti.*[7]

Después de la enfermedad que ha sido aguda y prolongada, es testimonio de salud para el cuerpo, el deseo del alimento; después de la ruina espiritual que el pecado produce, es prenda de salvación el deseo de la Eucaristía. "¡Dichosos vosotros, dice el Salvador, los que ahora padeceis hambre, porque llegará el dia en que sereis sacia-

1 S. Juan, VI, 51.
2 Salm. XXXII, 19.
3 S. Mateo, XI, 28.
4 S. Juan, VI, 48.
5 Salm. CI, 5.
6 Salm. XXII, 5.
7 Salm. LXXX, 17.

dos!"[1] Indicio altamente consolador es para el alma, que ha quedado lánguida y amortiguada por los golpes mortales de sus enemigos, anhelar el sustento divino que dió fuerza á los mártires para combatir por la fe. El hambre de la Eucaristía será para ella un impulso sublime que la arrebate á la contemplación de los verdaderos bienes.

IV

Jesucristo en la Cruz, próximo á morir, tuvo sed.[2] Sí, de nuestra salvación. El mortal, próximo á resucitar á la gracia, debe tener sed de la Eucaristía. *Sitivit in te anima mea.*[3] Cuando el siervo, agitado por la veloz carrera que emprende de un extremo á otro del desierto, siente que le faltan las fuerzas, se apresura á restaurarlas en la fuente cristalina, donde apaga su sed. ¡Qué bello ejemplo para nosotros! dice David.[4] ¡Ah! Cuando cansados de correr por el desierto de la vida, perseguidos por el furor del demonio, del mundo y de la carne, encontramos nuestro asilo en Jesús, Él nos presentará en la Eucaristía las delicias de ese cáliz que embriaga dulce y admirablemente á cuantos se acercan á gustarle, y que hace olvidar todos los males que se han sufrido.[5] Así vemos cumplido lo

1 S. Luc. VI, 21.
2 S. Juan, XIX, 28.
3 Salm. LXII, 2.
4 Salm. XLI, 2.
5 Salm. XXII, 5 y 6.

que Isaías, lleno de fuego, escribía: "todos los que teneis sed venid á las aguas;[1] así se realiza lo que el Salvador decía con grande voz en Jerusalem, en el dia solemne de la fiesta de los tabernáculos: "si alguno tiene sed, venga á Mí;[2] así se consuma la promesa divina, hecha al grande Apóstol del Apocalipsi: "Yo daré graciosamente á beber de la fuente de agua viva al que tuviere sed."[3]

El Señor nos dice que su carne es verdadera comida, y su sangre es verdadera bebida.[4] Alimento y bebida admirables, cuya naturaleza es infinitamente superior á la del alimento y bebida que nos nutre y refrigera en nuestra vida mortal. Sí; ya el mismo Dios había dicho en otro tiempo: "los que me comen, todavía tendrán hambre, los que me beben todavía tendrán sed;" es decir, se alimentarán de Mí sin fastidio y siempre con el mismo placer.[5] "Suele existir, dice San Gregorio,[6] esta diferencia entre las delicias del cuerpo, y las delicias del alma: las del cuerpo, cuando no se tienen, encienden vehemente deseo; cuando con avidez se comen, producen, por la saciedad, fastidio en el que las come. Mas al contrario, las delicias del espíritu, cuando no se tienen, fastidian; pero cuando se tienen, causan deseo; y tanto más tiene hambre de ellas el que las come, cuanto más se comen por

1 Is., LV, 1.
2 S. Juan, VII, 37.
3 Apocalipsi, XXI, 6.
4 S. Juan, VI, 56.
5 Eccli., XXIV, 29. Juan, VI, 35.
6 Homilia 36, in Evangel.

el que tiene hambre de ellas. En aquellas el apetito agrada y experimentarlas desagrada; en éstas el apetito, por grande que sea, siempre es menor, comparado con el placer de experimentarlas, que cada vez es mayor. En aquellas, el apetito lleva á la saciedad, y la saciedad al fastidio; pero en éstas el apetito produce saciedad, y la saciedad, apetito. Porque las delicias del espíritu aumentan, cuando sacian el apetito en el alma; pues cuanto más se percibe el sabor de ellas, tanto más se conoce lo que con más avidez se ama. Y por eso cuando no se tienen, no pueden amarse, porque se ignora su sabor. En esto se funda David para aconsejarnos que gustemos y veamos cuán suave es el Señor;[1] como si dijera: "no conoceis su suavidad si no la gustais; pero tocad con el paladar de vuestro corazón el alimento de la vida, para que por la experiencia podais amar su dulzura."

Conforme al oráculo divino, serán verdaderamente felices los que tengan hambre y sed de la justicia; porque ellos serán saciados con abundancia.[2] Y si los que aman la virtud son testigos de esta felicidad, por los copiosos consuelos que desde esta vida disfrutan, los que tienen hambre y sed de la Eucaristía, gustan en su misma fuente la dulzura de la justicia,[3] la plenitud de la santidad.

1 Salm. XXXIII, 9.
2 San Mateo, V, 6.
3 Santo Tomás, Opúsculo 57.

V

Pero volvamos á nuestra historia. El pródigo ha entrado en sí mismo, ha sentido deseo de hallarse otra vez en la casa de su padre, ha recordado con ternura los bienes de que allí disfrutaba, ha conocido su infidelidad, viendo que no encuentra que comer. Así permite Dios que la tribulación y el desengaño nos hagan reflexionar seriamente sobre lo que fuimos, sobre lo que somos, y sobre lo que debemos ser. ¿Quién llevó á ese hijo lejos de la casa paterna? ¿Quién le ha colocado en la condición humillante en que se halla? ¿Quién hará que recobre su felicidad primera? Nadie sino él mismo.

El rayo de la luz divina, y de la gracia, hiere al alma en el momento más inesperado; momento que tal vez no vuelve: toda la obra de la conversión toma su principio en la pronta obediencia, en la dócil fidelidad. "Me levantaré, é iré á mi padre. . . ." Sí, me levantaré, porque conozco que estoy postrado en tierra, caído en el fango de los vicios; é iré, yo que me alejé tanto de mi padre; yo que ahora tengo que guardar silencio en tan miserable necesidad, sujeto á las órdenes del dueño de los cerdos. Me levantaré de esta vida infeliz: abandonaré los vicios, prescindiré del hábito de pecar, mudaré de costumbres, me arrepentiré, y pediré con súplicas á Dios el perdón de mis deli-

tos. Yo le diré: "Padre mio, he pecado contra el cielo y contra tí; yo no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como á uno de tus criados...."

¡Cómo no ver en estas frases un sentimiento delicado, tierno, misterioso! ¡un sentimiento de la propia miseria, de profunda humildad, de verdadero deseo de volver á Dios! ¡un sentimiento que ennoblece al alma, que la eleva sobre sí misma, que la hace triunfar de todos los obstáculos! Más de una vez el alma, sumergida en sus crímenes, vuelve sobre sí misma, y conoce que no es feliz; más de una vez lucha contra su misma desgracia, y quiere emprender la enmienda de la vida; más de una vez la muerte de un amigo, la pérdida de la fortuna, el quebranto de la salud, la hacen pensar en su último fin, y en la vanidad de los bienes terrenos; pero hay un dia más feliz, un dia plausible y glorioso para ella; el dia en que se acuerda de la Eucaristía, el dia en que se acuerda del olvido en que la ha tenido, el dia en que forma, por fin, la eficaz resolución de acercarse á la mesa eucarística. Y se enternece al imaginarse ese momento en que se unirá de nuevo con su Dios, porque sabe que entonces no podrá pronunciar otras palabras que éstas: "Padre mio, he pecado contra el cielo y contra tí; ya no soy digno de llamarme hijo tuyo;" y persuadida de su indignidad, no se atreve á esperar ya las distinciones magníficas con que el Señor la honró en otro tiempo, sino que se contenta con volver á la vida de la gracia aunque ocupe el último lugar entre las almas fieles. Ya su conciencia le hace oir la voz de la esperanza, y entonces el alma, inundada de alegría, participa á todos su futura felicidad: sí, aun á todos aquellos con quienes ha andado el camino del vicio, quienes, conmovidos también y llamados por su ejemplo, pueden á una voz decir con el Profeta: "el gozo ha llenado nuestro corazón al saber que iremos á la casa del Señor,"[1] porque sólo allí está la felicidad.[2]

VI

¿Qué importan al alma, vivamente dominada por la gracia, las burlas del mundo y el sacrificio que debe hacer de sus afectos? La resolución está tomada, ¿qué podrá detenerla, dilatarla ó hacerla volver atrás? Ávido de su bien, el corazón experimenta hambre desoladora y sed ardiente, que no podrán saciarse ni apagarse, sino en la dulcísima Eucaristía.

Son tan señalados los caracteres de una conversión sólida y sincera, que, cuando felizmente existen, son la prenda más segura de las acciones heroicas y sublimes con que el alma se esfuerza en vencer la distancia que la ha tenido separada de Dios. Muchos pródigos viven sobre la tierra, para quienes todavía no suena la hora feliz en que se fastidien de su infelicidad.... Dígnate enviar, ¡oh Jesús! desde tu tabernáculo, un rayo luminoso, omnipotente, que disipe sus tinieblas.

1 Salmo CXXI, 1.
2 Salmo LXXXIII, 5.